

los castillos subterráneos. Las vigas de hierro que soportaban la coraza exterior han volado en mil pedazos y las bóvedas enormes han sido destrozadas como juguetes de cartón, de modo que las construcciones interiores aparecen en el fondo de una formidable caverna cual los templos de Oriente que las arenas del desierto han sepultado a medias. No parece obra de hombres, en efecto, sino labor de cataclismo, la ruina a que me refiero. Veinte años habían puesto nuestros ingenieros en edificar en las entrañas de la tierra un alcázar titánico e invisible. En una mañana, la pólvora lo ha desventrado, dejándolo lo mismo que cualquiera de esas ciudadelas de la Edad Media que vemos ahora como decoraciones de teatro en las antiguas colinas guerreras. Personalmente creo que una de las consecuencias de la campaña actual será la abolición completa de las fortificaciones fijas. En otro tiempo, cuando los medios de defensa eran superiores a los medios de ataque, se comprendían las fábricas de piedra en los puntos estratégicos. Para las hachas, las escalas y las culebrinas de la época de Felipe Augusto, un muro almenado resultaba casi inexpugnable. Hoy, un cañón de 420 milímetros colocado a 20 kilómetros, desbarata la más ciclópea torre en unas cuantas horas. Así, nos encontramos con el caso absurdo de que no son los fuertes de Verdun y de Toul los que cubren a nuestras tropas de campaña, sino las tropas de campaña las que defienden los fuertes. Si los alemanes lograran colocar sus piezas al alcance de Gondreville o de Haudainville, toda tentativa de resistencia sería vana. En Troyon, cuando el enemigo, viniendo de Metz, llegó hasta las alturas del Mosa, comprendimos que estábamos perdidos. A las siete de la mañana, el 8 de septiembre, comenzó el bombardeo, y a las diez ya nuestra coraza de acero y de cemento había sido herida mortalmente. ¡Qué espectáculo aquel! Cada obús hacía saltar en pedazos alguna de nuestras

galerías. Con un egoísmo extraordinario, los cañoneros más hábiles salieron al campo para tratar de descubrir las baterías que nos sitiaban. Pero los cañones, cuando se instalan en los repliegues de un terreno montuoso, son invisibles. Además, nuestras piezas tenían menos alcance que las alemanas; de modo que aunque hubiéramos podido saber a punto fijo dónde se hallaban, no habríamos salido de ningún apuro. En un instante nos dimos cuenta de que estábamos perdidos, pues los ejércitos franceses se hallaban al otro lado del Mosa empeñados en una gran batalla. La única comunicación que aún nos quedaba con las plazas de Toul y de Verdun era el teléfono. «Manteneos firmes cuarenta y ocho horas —nos dijo el gobernador de Toul—, con objeto de impedir que la artillería enemiga avance.» Si tres horas habían bastado para destruir la cubierta de nuestra caverna, figúrense ustedes lo que pensaríamos al oír aquella orden. Nuestro comandante contestó: «Nos mantendremos mientras quede un hombre y un fusil.» Nuestra única esperanza la cifrábamos en los fusiles. Una vez el fuerte destruido, nos proponíamos impedir que lo ocupara el adversario, defendiéndonos cuerpo a cuerpo. Sólo que en todo el día no vimos un solo soldado. Desde lejanías inverosímiles las granadas llegaban metódicas e implacables, de minuto en minuto, y cada una de ellas nos abría una brecha. Una nube de polvo y de humo envolvía el reducto, y el aire vibraba como sacudido por una tormenta espantosa. Con sólo el soplo de las granadas bastaba para hacernos caer cuando nos hallábamos a algunos metros de su línea de trayectoria. En un principio, los oficiales temimos que nuestros hombres, todos reclutas bisoños, se sintiesen incapaces de resistir aquella existencia de infierno en aquella perpetua ráfaga de fuego. Ninguno de ellos, sin embargo, dió la menor señal de flaqueza. Con su sempiterno espíritu de broma se reían de la tormenta y esperaban la muerte cantando.

A cada instante uno caía despedazado, así, literalmente despedazado, entre el desmoronamiento de una bóveda o de una cúpula. Los demás pronunciaban la invariable oración fúnebre del campo de batalla, murmurando: *Pauvre bougre!* Y nada más... El comandante me dijo a las seis de la tarde, cuando más de doscientos obuses habían caído sobre el fuerte: «Con soldados como los que tenemos, podemos resistir hasta que no quede uno solo... Mientras quede uno, los alemanes no tomarán estas ruinas.» Los alemanes, sin embargo, no parecían tener prisa en atacarnos, a pesar de que no podían ignorar el efecto producido por las granadas. Durante toda la noche del 8 siguieron bombardeándonos. El 9, a eso de las diez de la mañana, vimos venir una columna enemiga y nos dispusimos a atacarla. El observador nos gritó desde su abrigo que traía una bandera blanca. Cuando los parlamentarios, escoltados por alguna tropa, llegaron a quinientos pasos, un oficial adelantóse hacia el fuerte, y dirigiéndose a nuestro comandante, que había salido a recibirlo, le pidió que se rindiera. El diálogo rápido que se entabló entre nuestro jefe y el enemigo hace pensar en las guerras del primer Imperio y en la noble insolencia de los mariscales de Napoleón. «¿Rendirnos? Jamás. — Toda resistencia es inútil; nuestras fuerzas ocupan la región, y la fortaleza no es ya sino una ruina. — ¡No importa! — Hoy se os concederán los honores de la guerra, mientras mañana tendréis que entregaros sin condiciones. — Os entregaremos nuestros cadáveres; pero jamás nos tendréis vivos. — Por tercera vez, rendíos. — Por tercera vez, no.» El oficial alemán parecía emocionado sincera y profundamente. Inmóvil, contemplando los escombros de Troyon, permaneció largo rato en silencio. Luego, dirigiéndose a todos nosotros, exclamó: «Es terrible, pero es admirable.» «Es el deber y nada más», concluyó el comandante. Dos horas después el bombardeo recomenzó

más intenso, más rabioso, ya sin orden y sin método. En un instante nos caían quince granadas juntas, y luego transcurrían veinte o treinta minutos sin ningún proyectil. El fuerte, en realidad, no tenía ya qué perder, pues sus torreones blindados habían sido destruidos. De lo que se trataba era de no dejarlo caer en manos del enemigo. Así, cuando vimos avanzar en líneas compactas a los bávaros, que marchaban al asalto, sentimos una gran alegría. ¡Al fin nosotros también íbamos a poder disparar, nosotros también íbamos a matar!... Apenas pasaron el puente, nuestros cañones comenzaron a saludarlos. ¡Ah, cómo me acuerdo de aquel combate! El comandante me había encargado de las observaciones en un abrigo avanzado para indicar a las baterías el punto preciso del tiro. Los bávaros marchaban en grupos, teniéndose por las manos, y nuestro tiro los hacía caer por racimos, sacudiendo la enorme masa humana como un campo de trigo. Cuatro, cinco, seis veces volvieron al ataque. Y siempre nuestros cañones los rechazaron, diezmándolos: «Mañana—pensamos al ver el último intento vano—, mañana el ataque será mayor.» Aquella misma noche, una división de Toul acudió en nuestro auxilio.

El oficial parece transformado. Sus pupilas brillan a través de los lentes, y sus labios se crispan y palpitan bajo el bigote rubio. Pero basta que uno de nosotros trate de hacerle hablar de sí mismo, elogiando su bravura, para que su rostro recobre la apacible seriedad miope de hace media hora.

—¡Oh!—exclama—. Yo no hice más que cumplir con mi deber, como los demás... En la guerra un hombre no es sino una rueda insignificante de un mecanismo inmenso... Aunque uno no quisiera, el movimiento general le arrastraría... Lo único admirable son los actos aislados, las hazañas individuales... Un aviador solo, en su aparato frágil, entre ráfagas de metralla, eso sí es

estupendo... Pero nosotros, nosotros los artilleros, formamos parte de nuestras baterías y casi no existimos individualmente...

Oyendo al oficial, hemos recorrido, sin verlos siquiera, los campos de Mosela, que han sido teatro de cien tragedias. Atrás se queda Fontenoy, en donde un grupo de francotiradores destruyó en 1870 un puente estratégico con un heroísmo legendario. El río corre retorciéndose en su carrera atormentada, y raya de azul el vasto espacio nevado. De pronto, el terreno cambia de aspecto, los bosques secos nos rodean, la floresta de Haye murmura a nuestros oídos.

—Liverdun— exclama alguien, señalando una fortaleza en ruinas; pero no una fortaleza como las de Verdun y Toul, no, sino un viejo castillo romántico coronado de torreones y de almenas.

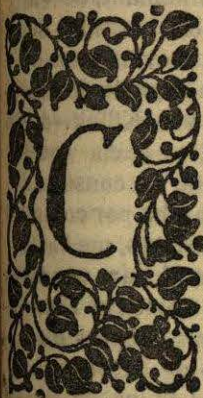
—¡Qué diferente de Troyon debe parecerle a usted esto!—le digo al artillero.

Con sus ojos miopes contempla los muros grises, las cresterías labradas, las galerías enormes, los fosos profundos, las amplias poternas. Después, muy suave, murmura:

—No crea usted... En el fondo, las fortalezas nuevas son tan bellas cual las antiguas... La diferencia está en que las antiguas se yerguen en las alturas, como es que tenemos ante la vista, mientras las otras se ocultan bajo la tierra... Hay que verlas destruídas para admirarlas..

NANCY

30 de enero.



Cinco días llevamos en Nancy, esperando que el Estado Mayor nos autorice a dar un paso hacia adelante. El príncipe Pierre d'Arenberg, capitán de dragones, encargado de dirigir nuestra tropa periodística, sonríe suavemente cuando nos quejamos, y murmura:

—Aquí no se está mal... Hay cosas interesantes...

Y es cierto que hay cosas interesantes y que se está bien... Sólo que, verdaderamente, mis señores

compañeros toman tan en serio su carácter de corresponsales de guerra, que en cuanto pierden la huella de los ejércitos parecen extraviados y desorientados. En la caravana han ido esta mañana a escribir algunas notas sobre los efectos sin gran importancia del bombardeo del mes de septiembre, y si han consentido en admirar algo, son las vidrieras de la iglesia de San Epvre que las bombas de un «Zeppelin» acababan de destruir. Luego, sin volver siquiera los ojos hacia el Palacio Ducal que alza en la vecindad su pórtico cincelado cual una joya, hanse vuelto al hotel en que el Gobierno nos aloja, para seguir estudiando en las cartas a gran escala las maniobras de las tropas que hace cuatro meses ganaron en las inmediaciones la célebre batalla del Gran Couronné.

Yo, como por mi desgracia no entiendo ni de cartas ni de estrategia, los dejo irse sin tristeza, y muy solo, muy contento y muy curioso de cosas viejas, me quedo en el antiguo barrio tranquilo. ¿Qué me importa, después de todo, una batalla que ya no forma parte de la actualidad palpitante y que todavía no pertenece a la Historia?... Tres días empleó el sabio capitán Vallotte en explicarnos, desde las alturas de Allemant, de Vareddes y de Coulommiers, la formidable tragedia del Marne, sin lograr interesarme con sus movimientos de cuerpos innumerables de ejército en un espacio de centenares de kilómetros. «Las tropas de von Klück—decíame—ocupaban las llanuras del Este hacia aquel lado.» Y por más esfuerzos que yo hacía, no conseguía ver aquellas masas ordenadas en su marcha por columnas. Aquí en la plaza San Epvre, en cambio, me basta contemplar la estatua ecuestre de René II para evocar la batalla de Nancy, en la cual pereció Carlos el Temerario, como si la hubiera visto con mis propios ojos. Montado en un corcel negro y rodeado de barones que agitan sus estandartes de mil colores, el duque de Borgoña, que tiene ambiciones análogas a las del káiser Guillermo, espera lleno de confianza al joven príncipe lorenés. En la cimera de su casco, el león de oro abre sus fauces amenazadoras y sus ojos brillan más que su coraza. Los heraldos le anuncian que las tropas enemigas se aproximan y que son muy numerosas. «El combate—exclaman sus capitanes—será uno de los más grandes que hayan visto los siglos.» Entre alemanes, suizos y alsacianos, René ha reunido, en efecto, unos 15.000 hombres. El Temerario debe tener otro tanto. ¡Cómo se reirían de tales cifras mis buenos compañeros que a estas horas deben estar contando millones de soldados! Pero yo veo con emoción avanzar hacia su rudo adversario al dulce príncipe desterrado. Y cuando el choque terrible se produce, cuando el señor de la

Riviére ordena la carga, cuando el bravo Herter manda a sus montañeses que suenen el cuerno del toro de Uri y el cuerno de la vaca de Unterwalden para recordar al borgoñón sus desastres de Grason y de Morat, cuando las lanzas hacen saltar las armaduras, mi emoción es más profunda que al oír en lontananza los truenos de la artillería que defiende la planicie de Amance contra un ejército inmenso de prusianos. Y luego, al ver caer a Carlos herido de muerte por el caballero Beaumont, mi alma se estremece de alegría, celebrando la victoria del joven duque proscrito que Nancy va a recibir bajo una lluvia de flores.

Todo esto lo veo bien, porque no es un oficial de Estado Mayor el que me lo explica, sino Delacroix quien me lo pone ante los ojos en su lienzo admirable. Y tristemente me pregunto quién podrá dar a nuestros nietos una imagen pintoresca de la batalla del Marne y de sus dos millones de combatientes repartidos en un espacio más grande que el ducado entero de Lorena...

El recuerdo del rey René, que fué discípulo de un tío de Américo Vespucio, aparece tan vivo en los viejos barrios de Nancy, que nadie creería que se trata de un soberano anterior a la conquista del Nuevo Mundo. La gente habla de él con cariño familiar, agradeciéndole todavía su sonrisa bondadosa, su carácter suave, su entusiasmo juvenil.

Pero si René es el preferido, los demás también han dejado en el alma del ducado un recuerdo que tiene algo de enternecedor por lo vivo y lo constante. La divisa de Toul, *Pia, prisca, fidelis*, la Lorena entera la merece por su antigua y piadosa fidelidad. Hablad con un habitante de Nancy, y notaréis que, a pesar de ser francés de corazón, siempre siente una vaga nostalgia por sus soberanos. «No podemos ser sino alemanes o franceses», dice Maurice Barrés. Si pudieran ser independientes, es seguro que no pedirían una república con un

presidente, sino un continuador del viejo linaje principesco. Y no penséis en un sentimentalismo ciego, cual el que hacía gritar a los súbditos españoles de Fernando VII: «¡Vivan las cadenas!» La raza es demasiado positiva, demasiado inteligente para suspirar sin razón. «No conozco nada tan hondo—escribe Louis Madelin—como el grito desesperado que lanzó la comarca a su último duque nacional, aquel Francisco que la abandonó para ceñirse la corona de Austria y hacia el cual iban los suspiros.» ¡Ah! ¡Cuán sinceros eran los que hablaban a Federico del pueblo que «adora todo lo que lleva su nombre», y que le recordaban que los príncipes de su casa habían reinado durante más de siete siglos y habían sido tratados como padres! El último grito de la nacionalidad agonizante, es un grito de amor. «¡Grandes príncipes nuestros—clama la gente—, jamás saldréis de nuestro recuerdo, y mientras exista la Lorena, tendréis su corazón!» María Antonieta de Lorena Habsburgo, al pasar por Nancy en 1770; María Luisa en 1810, y Francisco José en 1867, hicieron la emocionante experiencia del amor tenaz que se guarda aquí a los señores de Vaudemont. Y es que los duques, desde Gerardo de Alsacia hasta el último, fueron verdaderos dechados de bondad, de bravura, de patriotismo. «Eran—dice un cronista—sencillos y familiares, tomaban parte en los regocijos populares, mostrábanse accesibles a todos, fraternales para con sus nobles, paternos para con los demás.»

Como reliquias del tiempo glorioso, Nancy conserva y cuida los monumentos antiguos. El Palacio Ducal, que se incendió en parte hace cincuenta años, ha sido reparado con tal piedad y con tal arte, que parece intacto. Su famosa portería se alza a la entrada de la Grande Rue, ostentando con orgullo sus encajes de piedra. A lo largo de la fachada, seca y severa como conviene a un alcázar de soberanos guerreros, los balcones redondos

avanzan sus antepechos calados. Sobre el techo corre una crestería ligera y luciente, que anima el conjunto gris. Y si el exterior es majestuoso, el interior lo es más aún, según la fama. Sus puertas están cerradas desde que estalló la guerra, y los curiosos tenemos que contentarnos con admirarlo por fuera. Pero las antiguas descripciones que de él existen son bastante minuciosas para que podamos formarnos una idea de su esplendor austero. Luis XIV, que lo habitó, solía decir a los nobles nanceanos: «No se está mejor en el Louvre para vivir.» Y si para vivir era bueno, para morir era aún mejor. Sus enormes galerías, en efecto, no aparecían en toda su magnificencia sino durante los servicios fúnebres de los príncipes. «Tres cosas hay que ver en el mundo—decía se en el siglo XVI—: el coronamiento de un emperador alemán en Francfort, la consagración de un rey de Francia en Reims y el entierro de un duque de Lorena en Nancy.» El relato de las honras fúnebres de Carlos III, publicado por Hallais, hace pensar en las legendarias ceremonias del Extremo Oriente. «El duque muere el 14 de mayo; lo embalsaman, y su cuerpo es colocado en la cámara negra, donde queda cubierto de paños de oro, entre cirios, con guardia de chambelanes y canónigos que oran en alta voz, hasta el 8 de junio. El 9 de junio la sala de honor es decorada con las grandes tapicerías; en la parte superior se coloca un amplio estrado con balaustres, en el que hay un lecho bajo un palio de damasco. Alrededor del lecho se ponen candelabros y una cruz de plata con pedrerías. Luego se arregla la capilla y la mesa con el cubierto y la butaca del soberano. El cuerpo del duque ocupa el lecho y viste casaca de seda carmesí, túnica de oro y manto de armiño que cae hasta los pies. La toca es de oro, constelada de diamantes y perlas. La cabeza reposa en almohadones de paño de oro. En un cojín está el cetro y la mano de justicia. Cuando la sala se abre, penetran en ella los nobles, los

oficiales, los dignatarios, los prelados y los canónigos. Después del oficio comienza el simulacro de la cena del muerto. «¡El cubierto para el difunto duque!», grita un ujier. Y los lacayos ponen la mesa. «¡Las viandas para el difunto duque!», grita otro ujier. Y los pajes van a la cocina a buscar los platos. El copero presenta las bebidas ante la butaca. El capellán bendice el pan y el vino. Del 9 al 13 de julio los banquetes continúan. El 14 se le ofrece al muerto su última cena, servida «a la real», es decir, por heraldos y tocadores de trompeta. El 15 la corte se traslada a la sala fúnebre, y el féretro es colocado en un altar; sobre él se pone la corona y el cetro. Una balaustrada contiene a la multitud. Durante dos días se celebran las ceremonias religiosas. El 16 el clero, la nobleza y la milicia se reúnen en el patio, donde los heraldos de armas, seguidos de pregoneros y de tocadores de campana, leen el edicto fúnebre. Al día siguiente, en fin, trescientos pobres, llevando antorchas, y trescientos burgueses, llevando cirios, encabezan el cortejo mortuorio, que se encamina hacia la colegiata de San Jorge. Nobles y clérigos forman el séquito. El caballo de honor, con su arnés de batalla, marcha detrás del féretro.»

Ahora los únicos cortejos que desfilan por las salas del palacio son los de los turistas que vienen a admirar, en las salas del museo histórico, las reliquias del pasado lorenés, muy recomendadas por Baedeker.

Personalmente, ni siquiera me entristece que la noble portería calada y blasonada no abra sus puertas en estos tiempos de guerra. Como museo histórico, prefiero el que me ofrecen las viejas calles de viejos nombres expresivos: la del Haut Bourgeois, la de la Craffe, la de la Source, la de la Visitation, la de Callot, la de Nuestra Señora, y, más que todas, la admirable, la venerable Grande Rue, por la cual podría aún pasar un séquito de señores de otro tiempo sin sentirse *depaysé* por ningun-

na construcción demasiado moderna. A cada instante, en efecto, alguna fachada, alguna cornisa, alguna ventana, algún zaguán, me obligan a detenerme. He aquí dos pórticos casi gemelos, con sus escudos de armas y sus cariátides ciegas; he aquí un patio claustral y sombrío con su pozo y su escalera de piedra; he aquí un hotel severo, antigua vivienda de canónigos enemigos del ruido y de las curiosidades callejeras; he aquí, en medio de una tapia parda, un postigo minúsculo claveteado y labrado cual una puerta de sacristía; he aquí una reja amplia y misteriosa con sus iniciales áureas entre los hierros macizos; he aquí una torrecilla que parece vigilar todo el barrio para defenderlo contra las tentativas invasoras de los arquitectos nuevos. Y al final del paseo, como recompensa suprema, aparece, alta, maciza, romántica, la Puerta de la Craffe, que es, para mi gusto, uno de los más impresionantes monumentos de la vieja Europa. Los artistas la encuentran pesada y sombría, y los hombres de *buen gusto* la acusan de ser algo teatral. Pero tal cual es, con sus dos enormes torres puntiagudas y su murallón central agujereado por cuatro ventanas negras, constituye la verdadera entrada de la ciudad del rey René, y se armoniza de un modo perfecto con el Palacio Ducal, con las callejuelas sinuosas, con los nobles hoteles cerrados.

¿Quién ha dicho que Nancy tiene algo de italiano, de veneciano, de florentino?... Yo más bien pienso en Toledo, en Ávila y en Segovia ante esta Puerta de la Craffe, muy misteriosa y hasta algo sarracena. Y en el ambiente gris, melancólico y callado del barrio entero, también, no sé por qué, se me figura sentir un soplo frío que viene de Castilla.

Pero no hay que perder de vista que en Nancy hay tres ciudades distintas que fraternizan sin confundirse, y que la Vieille Ville no es sino la más venerable y también la más pequeña de las tres. Bajando por la rue La-

fayette, se llega en pocos pasos a la de Saint-Dizier, que es una de las arterias principales de la circulación del trabajo y de la alegría actuales.

¡Qué contraste en un espacio de quinientos pasos! Allá arriba, el alma sigue el cortejo fúnebre de los duques, lentamente, olvidándose de que los siglos han transcurrido desde la época en que Carlos III dejó de existir. Aquí, en el centro, entre la estación del ferrocarril y el canal del Marne al Rhin, es la fiebre moderna lo que palpita, con sus Universidades, sus tiendas, sus tranvías, sus cafés, sus talleres, sus Bancos.

Yo me había figurado que teniendo aún a veinte kilómetros escasos la vecindad amenazadora de los cañones alemanes, la capital de la Lorena se sentiría con pocos deseos de divertirse y de trabajar. Toul, que se halla más hacia el Sur, y Verdun, que tiene su coraza de hierro para resguardarse, parecen dos cementerios. Nancy, la indefensa, ríe cual si nada hubiera venido a perturbar su tranquila bienaventuranza. El día del bombardeo los niños salían a la calle buscando los fragmentos de las granadas; y cuando aparecieron una noche los *Zeppelines* no hubo medio de impedir que la gente saliese a sus ventanas para tratar de distinguirlos a la luz de los reflectores. A fuerza de vivir en la frontera, descontando de antemano el peligro, la buena villa ha adquirido un temple de alma que el fuego no logra amenguar. Su situación fronteriza ha dado también a los nanceanos, cuyo orgullo es una de las virtudes de la raza, el deseo de rivalizar en todo con el Imperio vecino. En 1871, después de la guerra, la población no pasaba de 50.000 almas. Hoy no baja de 150.000. ¡Una miseria si se considera desde Buenos Aires o desde Nueva York! Pero esta miseria representa la más intensa, la más perfecta, la más admirable vida intelectual e industrial que puede imaginarse. «No tengo un solo paisano, hombre o mujer—decía poco ha el historiador local Ernest Maurin—,

que no trabaje en algo.» Las enormes construcciones metálicas de que París se enorgullece, en efecto, son de aquí. De aquí también las divinas copas de cristal cincelado que el mundo entero admira. Y entre el hierro formidable y el frágil vidrio, cuántas variedades de productos, cuántos prodigios de ingenio, cuántas joyas del esfuerzo metódico. Para competir en la ebanistería de lujo con los parisienses y los londinenses, Nancy ha creado talleres ya célebres. Para llenar el Universo de vistas pintorescas, Nancy ha hecho talleres que producen más de quinientos millones de tarjetas postales al año. Para luchar contra los admirables Goerz y Zeiss, Nancy perfecciona día por día sus aparatos fotográficos. Para que no únicamente Mánchester y Rouen puedan llamarse reinas de los tejidos, Nancy aumenta hora por hora sus telares. Para que Augustiner, el bávaro, tenga un rival, la Maxeville exporta millares de millares de barricas de cerveza. Para que los sombreros de paja no sean siempre italianos, Nancy se ha decidido a fabricarlos. Para que los Hachette y los Fasquelle vean que no es Lutecia la única que puede editar, Berger Levrault publica a centenares las obras nuevas. Para que no sólo de sus encajes de piedra se hable, Nancy los hace de hilo, dignos de figurar en el Museo de Brujas. Para humillar a Dusseldorff y a Colonia, en fin, Nancy convierte en máquinas y en útiles los dos millones de toneladas de hierro que sus minas le producen cada año.

Y al mismo tiempo que trabaja, Nancy piensa, inventa, escribe, pinta, estudia. No hay, según parece, en toda Francia una Universidad tan completa, tan moderna y tan activa como la suya. Sus profesores se han dado ya a conocer como grandes especialistas en Psiquiatría. Sus químicos son de los que más hacen progresar la ciencia. Sus revistas literarias chocan en un país donde, hasta hace poco, todo el movimiento artístico parecía centralizado en París. Sus estudiantes, alegres, ligeros,

llenar la ciudad de ideales intelectuales y le dan una animación que en Francia sólo el viejo Barrio Latino tenía antes.

Pero, desgraciadamente, el Nancy nuevo no es tan bello como el viejo Nancy...

Y no puede decirse, sin embargo, que sus habitantes hayan visto con desdén lo relativo a la estética urbana. Desde hace cincuenta años, los antiguos suburbios del Oeste, antes abandonados y desiertos, se han llenado de casas elegantes, de edificios suntuosos, de estatuas magníficas. En cada plaza hay un monumento de mármol o de bronce que eterniza a alguna figura ilustre. Aquí está Juana de Arco; al lado, Callot; más lejos, Jacques Lamour, Thiers, Claudio el Loreno, el rey Estanislao... Y como los grandes hombres no bastan nunca para decorar una gran ciudad, vemos, además, bustos en cuyos zócalos se leen apellidos relativamente oscuros, como los de Crevaux, Sylvestre, Saint-Urbain, Heré. Pero más que de sus estatuas y de sus palacios, los nancianos muestran orgullosos de sus iglesias nuevas. «No hay en el mundo un pueblo que haya construido tantos campanarios en estos últimos lustros», dice un cronista local. Y es cierto. Casi todas las iglesias de Nancy son modernas, a pesar de su estilo antiguo. El muy venerado y muy admirado Saint-Epvre, que los *Zeppelines* acababan de bombardear, data de 1879. «La obra—escribe André Hallais—no carece ni de ciencia ni de lógica. La flecha gótica de piedra se alza sobre la fachada con cierta ligereza. Mas las líneas generales parecen secas y su forma sin gracia. Se admira la fe y la voluntad que permitieron elevar tal fábrica en el espacio de quince años, aunque se desearía mayor vida y carácter.» De San León, de San Pedro, de San José, podría decirse lo mismo. Son interesantes como testimonio de fe y de orgullo en una época poco propicia a las creaciones de grandes santuarios. Bellas, no lo son. San León es una

copia de la arquitectura del siglo xiv; San Pedro es gótico, como Saint-Epvre; San José, en fin, es un modelo de pesadez neorrománica. ¿Y la catedral que, relativamente antigua, data de mediados del siglo xviii? Víctor Hugo la pinta con una rápida y desdeñosa pincelada, asegurando que sus torres son *bibelots* Pompadour, y que «tiene los pies feos.» En cuanto a las calles, creo que un artista enamorado de las líneas armoniosas, de las nobles fachadas, de las elegantes perspectivas, poco encontraría que admirar en ellas. Durante los años funestos en que el *art nouveau* tuvo devotos en el Norte de Europa, los ricos industriales encargaron a los jóvenes arquitectos que les edificasen casas que parecieran muebles de Majorelle o de Gallé. En la calle de la Commanderie los turistas norteamericanos detienense absortos ante un palacio que puede ser considerado cual la perla barroca del *modern* estilo. ¡Ah! ¡Las pueriles complicaciones de los miradores, los sorprendentes adornos de la terraza, las singulares floraciones de las balaustradas, las estupendas curvas de las ventanas!... El edificio entero dijérase que flota y ondula como si fuese de tela pintada y calada. Y, por desgracia, éste no es el único *specimen* de la arquitectura de fin del siglo xix. En la rue Saint-Dizier, en la rue Stanislas, en otras rues céntricas, las casitas Loie Fuller ostentan frontispicios menos grandiosos, pero no menos espantosos.

Por fortuna, en los veinte últimos años Nancy ha calmado su fiebre de novelorías exteriores. Resignándose a no crear una arquitectura nueva, se contenta con la gloria de sus divinas cristalerías y de sus preciosas ebanisterías, y deja que los arquitectos le construyan casas vulgares por fuera, cómodas por dentro. Su verdadera belleza, lo mismo que la de Buenos Aires, está en su vida, en su actividad, en su movimiento, en su alegría. Aun en este tiempo de guerra, en que yo creí encon-

trarla muerta y sombría, me aparece tan animada, que cuesta trabajo convencerme de que el ruido que se oye desde su recinto sea realmente el rugido de los cañones enemigos. La gente, a decir verdad, ni siquiera oye tal ruido.

El prefecto Mirman decíame ayer:

—Cuando los alemanes lograron acercarse a las baterías al amparo de la sombra y nos bombardearon durante toda una noche, yo no pude dormir, pensando en el efecto moral que la lluvia de fuego iba a producir en el ánimo de los nanceanos. A la mañana siguiente, apenas hubo terminado mis quehaceres oficiales, me fui por las calles céntricas, no sin algo de inquietud. ¿Qué cara tendría la gente?... A cada paso esperaba oír una queja. Pero nada de eso. Enterados de que no había víctimas y de que los daños materiales no eran grandes, los tenderos abrían sus puertas muy tranquilos, los obreros se encaminaban hacia los talleres, y los niños, cantando como siempre, iban a la escuela. Algunas horas después la rue Saint-Dizier y la rue Saint-Jean tenían su fisonomía habitual, con sus cafés llenos de parroquianos y sus aceras llenas de animación.

Esta animación, que ahora me sorprende a mí como sorprendió al prefecto el día de las bombas, es lo que constituye el verdadero carácter del Nancy moderno. Desde luego, que la gente vió estallar la guerra puesta a todos los sacrificios. La vecindad de la frontera y el perpetuo murmullo amenazador que venía de las fortalezas de Metz desde hacía muchos años, habían templado el carácter local. Y era en vano decir que Nancy plaza abierta e indefensa, estaba a la merced de una balgata de ulanos. Era en vano repetir que Nancy no cambiaría lo mismo que en 1870. Era en vano hablar de la dureza de la ocupación prusiana. Tranquilos y entusiasmados, los nanceanos siguieron viviendo su vida de siempre. Viéndolo bien, hasta se dijera que uno de los

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

mentos de esta alegría es el riesgo continuo. Recordemos, en efecto, la época en que la ciudad no parecía tener nada que temer, los años tranquilos de mediados del siglo XIX, cuando la frontera hallábase muy lejos, cuando Prusia era un *petit état*, cuando la fuerza francesa dominaba al mundo. Un pintor famoso, Delacroix, vino entonces a pasar aquí algunos días, y al marcharse escribió en su cuaderno de apuntes íntimos: «No hay nada tan monótono y tan triste.» Otro viajero, algo más tarde, dijo: «Lo único que noto es la desolación y el fastidio general.» Verdad es que ambos venían de París. Pero hoy podría llegar cualquiera de cualquier metrópoli vertiginosa, de Nueva York, de Buenos Aires, de Londres, y, lejos de sentirse en un pueblo muerto, hallaría, en pequeño, algo de lo que su propia capital es en grande. Entre el fracaso de los tranvías eléctricos, el estrépito de los automóviles y el murmullo del comercio, la población trabaja y se divierte con un sentimiento muy moderno del *confort*. Tiendas más lujosas no las hay en París; cafés más amplios, más brillantes, no los he visto en ninguna parte; más bellos paseos no creo que existan en Europa. Y cuando la fiebre de la existencia positiva deja a los artistas tiempo para soñar en grandezas pasadas, en el centro mismo encuentro la plaza Estanislao, que es la perla de la arquitectura francesa del siglo XVIII.

Yo no tengo siquiera necesidad de dar un paseo para gozar del espectáculo evocador de la plaza ilustre. Desde mis ventanas del Grand-Hôtel veo las líneas elegantes del Palacio Consistorial, las nobles armonías de las viejas casas solariegas, los áureos encajes de las verjas, las esbeltas figuras de las fuentes. ¡Ah, si esto estuviese en París, cómo acudirían los hombres de gusto de todo el Universo a extasiarse ante su exquisito esplendor! Y lo extraordinario es que tal cual la vió, al inaugurarla, el rey de Polonia, así la encontramos ahora, sin que el comercio moderno haya adulterado su pureza. Las be-

llas damas de trajes *a paniers* y los elegantes caballeros de pelucas empolvadas podrían salir de repente de sus tumbas y lo encontrarían lo mismo que lo dejaron. La piedra, apenas patinada por el tiempo, da al conjunto una gracia discreta que se armoniza con el ambiente pálido del Norte. Las fachadas son sobrias, sin tener la severidad de las construcciones Luis XIV. La amplitud silenciosa del espacio vacío, sin un árbol, sin una flor, produce una sensación de melancolía. Pero, afortunadamente, detrás de los albañiles geniales llegó un forjador que con sus manos de mago supo encerrar la joya gris en un joyel de oro. «La Place Royale—dice Hallais—no habría sido sino una bella plaza y no una obra de arte única de no haber existido el cerrajero maravilloso que forjó los balcones, las verjas y los pórticos. No se sabe a punto fijo cuál fué la parte del arquitecto Heré en la concepción de este decorado extraordinario. Encantada por la novedad de las creaciones de Lamour, la posteridad ha conservado el nombre del cerrajero, olvidando el del arquitecto. Sin embargo, estas labores de hierro tienen tanto ritmo, están tan bien equilibradas, sus caprichos fantásticos juegan alrededor de una armonía tan lógica, que es imposible no descubrir en la obra maestra los consejos del arquitecto. Abandonado a sí mismo, Lamour se habría, sin duda, dejado aturdir por su propia habilidad.» Sea quien sea el verdadero inspirador de la incomparable filigrana que da a la plaza Estanislao su carácter de grandiosa delicadeza, lo cierto es que, encerrado entre sus altas puertas, este marco de metal es el que mejor conviene a la imagen del siglo XVIII en el apogeo de su hermosura. Desde mi mirador me figuro ver revivir a los contemporáneos de La Galaizière, contentos de su soberano venido de Polonia y descontentos del canciller enviado de Francia. El alma autóctona de Lorena agoniza entre las gracias de Versalles, y como sabe que es inútil luchar por la independencia

verdadera, se consuela defendiendo palmo a palmo sus viejos fueros morales. Según el tratado de Viena, el ducado debe entrar a formar parte, a la muerte del rey, de la corona de los sucesores de Luis XIV. Y el rey es viejo. Y el Gobierno de París, impaciente, legisla ya en Nancy como en su propio territorio. Cada ley que el canciller promulga, los nobles la denuncian por ilegal ante la Corte soberana, y la Corte soberana la anula. El canciller destierra a los jueces rebeldes. La aristocracia se declara, al fin, en franca rebelión contra el canciller, y acude a Estanislao para pedirle justicia. «¿Qué ha de hacer el buen príncipe, sabiendo que su centro no es sino un juguete ilusorio? Para calmar o, mejor dicho, para adormecer a los descontentos, multiplica los títulos, los honores, las pensiones y las fiestas. Nunca, ni aun en tiempos de René o de Leopoldo, la existencia ha sido tan suntuosa. Los oficiales polacos y los artesanos versalleses realzan con sus trajes de mil colores el brillo de la ciudad. Los palacios y los jardines salen de la tierra por obra de magia. No satisfecho con aluminar las calles, el Gobierno ordena que se pongan farolas en las rutas para impedir que las carrozas sean atacadas por los salteadores. María Lezinsca envía lindas damas de Versalles con objeto de engalanar el séquito de su padre. De Hungría y de Italia vienen músicos, cantores y juglares. En Palacio reina una familiaridad encantadora, y junto a la reina Catalina Opalinska, que es una buena burguesa coronada, triunfa e arradiaz la todopoderosa favorita marquesa de Boufflers, «mujer de ingenio—dicen las crónicas—, pero ligera por sus hábitos y de costumbres libertinas». El soberano, enamorado de las artes, se entusiasma cuando le hablan de hacer nuevos alcázares y de decorarlos con magnificencias. En Luneville, en Commercy, en todas sus nobles aldeas, los antiguos castillos truecan su aire hosco y guerrero por un aspecto gentil. Los pintores decoran y